



Edificio de la Escuela de Arquitectura, Cujate
Dibujo de Sergio Ferro Cisneros

Cien años de planes de estudio

One Hundred Years of Study Plans

Cuba (1901- 2001)

José E. Fornés Bonavía

RESUMEN: En este artículo se hace un recuento de la evolución de los planes de estudio de la carrera de arquitectura desde el año 1901, en que se inician los estudios en Cuba, hasta el año 2001. El trabajo se fundamenta en la experiencia del autor como partícipe de los procesos de formación y también como directivo de los mismos durante varias décadas en la Facultad de Arquitectura.

PALABRAS CLAVE: Planes de estudio, enseñanza de la arquitectura, Cuba

ABSTRACT: This article recounts the evolution of architecture curricula in Cuba from the year 1901, when the career is founded, to the year 2001. The work is based on the experience of the author as Participant of the training processes and also as manager of the same for several decades in the School of Architecture, Havana..

KEYWORDS: Study Plans, Architecture Teaching, Cuba

NOTA EDITORIAL:

Este artículo fue publicado en el año 2001, en un número dedicado al centenario de iniciada la carrera de Arquitectura en Cuba (Arquitectura y Urbanismo, Vol. XXII, No. 1, 2001, pp. 19- 23). Teniendo en cuenta que las revistas comprendidas entre 1980 y 2006 no están disponibles en nuestro sitio digital, el equipo editorial consideró oportuno incluir este material, el cual puede ser de interés como complemento histórico del tema que se aborda en esta edición.

EDITORIAL NOTE:

This article was published in 2001, in a number dedicated to the centenary of the career of Architecture in Cuba (Arquitectura y Urbanismo, Vol. XXII, No. 1, 2001, pp. 19-23). Taking into account that the journals from 1980 to 2006 are not available on our digital site, the editorial team considered it appropriate to include this paper, which may be of interest as a historical complement to the topic addressed in this issue..

Son muchos y diversos los factores que intervienen en la formación de los arquitectos. Los planes de estudios, en determinados momentos, pueden ejercer una influencia decisiva en esa formación y en el resultado del trabajo profesional. Pienso que no todo se debe a ellos pues resulta evidente que la capacidad y talento de los realizadores es un factor clave, por encima de la manera en que llegan a hacerse profesionales. No obstante, también está reconocido que el conjunto de conocimientos adquiridos, de la forma que haya sido, abre o cierra horizontes al profesional y le ayuda a enfrentar determinados problemas que en otras circunstancias habría soslayado. En este sentido el plan de estudios sí ejerce una influencia que puede ser decisiva.

Los planes buscan formar nuevos profesionales adaptados a las exigencias de cada momento vivido por la sociedad y se tropiezan con la contradicción de que el período de formación, que dura cinco o seis años, debe prepararlos para treinta o cuarenta de ejercicio profesional. Las concepciones arquitectónicas prevalecientes durante la preparación, sin embargo, no tienen por qué ser las mismas quince o veinte años después, cuando el profesional suele alcanzar el apogeo de su carrera. Estas ideas las previeron los fundadores del movimiento moderno en las primeras décadas del siglo XX y un fiel reflejo de ello son los Diez conceptos básicos para la enseñanza de la Arquitectura que escribió Walter Gropius a partir de su experiencia en el Bauhaus. Él le concedía a los aspectos metodológicos el mayor peso, lo cual se aprecia cuando escribió en las palabras iniciales de su primer concepto que "En una época de especialización el método es de mayor importancia que el conocimiento y la destreza..."¹

Cuba ha sido un buen ejemplo de las transformaciones que se han producido en los planes de estudio, pues partiendo del pragmatismo norteamericano, la posterior influencia del modelo Beaux Arts de París, la irrupción incontenible de los conceptos del Bauhaus junto con la del CIAM (Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna) y la innegable influencia de figuras como Le Corbusier, Frank Lloyd Wright y otros; los planes de estudios, que intentaban atemperarse a las circunstancias, se fueron sucediendo con bastante velocidad.

Más recientemente, en el período revolucionario, las transformaciones debidas a los profundos cambios sociales introducidos, fueron base de nuevos propósitos y enfoques a la vez que se debían añadir conocimientos actualizadores. Los cambios de planes se han sucedido uno tras otro aunque no siempre por criterios renovadores que la arquitectura y el urbanismo reclamaron sino también por una determinada dosis de inestabilidad.

En el caso de la arquitectura, la historia de su enseñanza en Cuba está asociada al siglo XX y todavía no se ha escrito. No se pretende escribirla en tan corto trabajo, pero son necesarias algunas referencias al pasado. Tampoco se pretende polemizar, aunque eso pudiera ocurrir, pero considero que al menos se debe mostrar por dónde andaba la discusión en cada momento importante. No hay parto sin dolor y los que corresponden a cada uno de los planes de estudio suelen ser, al menos en los últimos tiempos, si no desgarradores sí complicados.

Al crearse las Escuelas de Arquitectos e Ingenieros en octubre de 1900 se abrió una puerta para que, a partir de 1901, se reconociera de forma legal y académica a los que de hecho ejercían como arquitectos. Su procedencia y formación era muy diversa y constituyen nuestro primer grupo de graduados aunque no formados con un plan de estudios único. Casi ninguno

¹ Walter Gropius: Diez conceptos básicos para la enseñanza de la Arquitectura, Facultad de Arquitectura, La Habana, 1949. (Traducción de Víctor Morales)

había estudiado en universidades o escuelas especializadas; la mayoría del grupo, que tampoco era grande, procedía de las escuelas de Artes y Oficios, estaban formados en el área técnica, eran excelentes dibujantes y poseían gran calificación como constructores, pero con poca incidencia en el diseño.

Nunca se ha dispuesto de información completa acerca del primer plan de estudios de arquitectura, ni tampoco de los correspondientes a las dos o tres primeras décadas del siglo². Se conoce que la influencia mayor fue ejercida por los criterios que prevalecían en esos momentos en los EEUU, cosa normal si se recuerda que la creación de esas escuelas ocurrió durante la Intervención Norteamericana en Cuba.

Sin pretender determinar una cronología precisa, se sabe que más tarde, desde la segunda década del siglo, empezó a influir la Escuela de Bellas Artes de París de la que se importó prácticamente toda su metodología de enseñanza y sus concepciones acerca de la arquitectura, del arquitecto y del urbanismo. Esta situación duró, con más o menos estabilidad, hasta los primeros años de la década de los cuarenta pues en 1944 se estableció un plan de estudios que separaba más a los arquitectos de los ingenieros civiles. No fueron pocos en aquellos tiempos los que se graduaban de las dos carreras. Los planes fueron concebidos como conjunto de asignaturas cuya síntesis la haría, en el mejor de los casos, el alumno en su cabeza o simplemente los conocimientos quedarían como elementos inconexos que se olvidarían tarde o temprano.

Hay un hecho importante que estableció un hito de cambio en los criterios sobre la enseñanza de nuestra carrera; la Quema del Vignola en 1947. Conducida por los estudiantes y apoyada por algunos profesores insertados en la vanguardia arquitectónica del momento, la Quema hizo patente, de manera violenta, la ruptura con los conceptos estéticos procedentes de Bellas Artes y con todo tipo de academicismo. El plan de estudios que siguió a ese hecho no fue radicalmente diferente de los anteriores pero sí cambió muchos contenidos de asignaturas y abrió las puertas a la influencia del movimiento moderno que a la sazón tenía lugar en Europa y Norteamérica. Es interesante, sin embargo, que el sistema de evaluación de las asignaturas de Proyectos Arquitectónicos continuaron empleando para las calificaciones los términos de Primera Medalla, Segunda Medalla, Menciones, HC (hors concours) y otras de ese corte, todas procedentes de Bellas Artes. Ese plan, con algunos ajustes, se aplicó durante toda la década de los cincuenta y llegó hasta el inicio del período revolucionario. Este plan todavía se usa, oficial u oficiosamente, como término de comparación de los posteriores. La propia Reforma Universitaria del año 1962 modificó los objetivos generales de la enseñanza universitaria e introdujo transformaciones importantes. En la Escuela de Arquitectura, con el fin de acelerar la formación de los profesionales que requería el país, se redujo la carrera a cinco años y se eliminó la tesis de grado.

La efervescencia revolucionaria y las ansias de cambio reprimidas por tanto tiempo trajeron por consecuencia una serie de modificaciones en la vida universitaria. Todo el país se sacudía las viejas concepciones y la Universidad era puntera en este sentido. Los cursos académicos, irregulares ya desde 1952 debido a las luchas estudiantiles contra la dictadura batistiana, se mantuvieron muy inestables durante los años posteriores al triunfo, dado que los estudiantes desempeñaban un papel protagónico en las transformaciones profundas que se hacían cotidianas. Una buena parte de ellas se gestaban en la propia universidad.

² Ver en este mismo número la contribución de María Victoria Zardoya: "Los primeros maestros" (Arquitectura y Urbanismo, Vol. XXII, No. 1, 2001)

En los diecisiete años comprendidos entre 1959 y 1976, las modificaciones se sucedieron una tras otra y no se puede hablar, por tanto, de un plan de estudios sino de una serie de “planes remediales” que así se llamaron esas adecuaciones. Entre 1960 y 1966 se produjo la incorporación de un grupo importante de jóvenes profesores, necesarios ante ampliación de matrícula que la Reforma Universitaria propició.

Durante este período se produjeron serias y a veces agrias discusiones acerca de la enseñanza de la arquitectura. En la Escuela se polarizaban los técnicos y los artistas. Los planes remediales y los métodos de enseñanza eran reflejo de la polémica. No solo cambiaban o se actualizaban los contenidos de muchas asignaturas sino que se modificaba la estructura docente incluso con divisiones diferentes del año académico que a veces se debían a la inestabilidad³.

Durante los años setenta, la introducción del trabajo como elemento de la formación, provocó una sacudida en los criterios de distribución del tiempo, sobre la formación del arquitecto y en cuanto a los contenidos de asignaturas con sus métodos de enseñanza. La consigna de 20-20-20 que sintetizaba las veinte horas de clases, veinte de trabajo y otras tantas de estudio, hizo cambiar los semestres por trimestres o cuatrimestres y la relación vivienda-estudio, tan importante para el transporte, se convirtió en vivienda-trabajo-estudio con la consecuente complicación. Por su parte, la “universalización de la universidad” fue entendida de diversas formas y provocó una verdadera diáspora en la que resultaba difícil, si no imposible, ejercer el mínimo de control indispensable. La duración total de los estudios se alargó en un año. Los planes de estudio debían responder a todas estas “solicitaciones”.

Por lo antes dicho podría entenderse que el caos se había adueñado de la enseñanza, pero la realidad no era exactamente así. Se trataba de que todas las concepciones didácticas al uso se habían puesto en tela de juicio en el marco de la nueva sociedad a que se aspiraba y se buscaba afanosamente la verdad o, al menos, el mejor camino para encontrarla. Todo eso sumado al ímpetu juvenil de los que de un modo u otro participaban en el proceso, provocó no pocos trastornos y tropiezos para el desarrollo armonioso de la enseñanza. Fue un período de búsqueda y ensayo, de intento y error dirían otros, que no conducido mediante tanteos con planes piloto, sino llevado a cabo a escala total implicaba riesgos. En esta actividad se involucró a toda la Escuela de Arquitectura, que así se llamaba todavía. El saldo final mostró algunos aciertos pero sobre todo indicó con más claridad lo que no debía hacerse.

Dentro del período señalado, a partir de los años 1971 y 1972, se produjo una toma de conciencia generalizada sobre el desajuste académico imperante, que no era privativo de la Escuela sino que se manifestaba en toda la educación superior. En alguna medida, los jóvenes profesores incorporados por la Reforma habían aprendido a enseñar y la práctica condujo al consenso de que era necesario ordenar el empuje transformador de una manera más eficiente.

Organizar la enseñanza racionalmente era indispensable toda vez que Cuba ya era parte del CAME⁴ y debía regirse por determinadas normas. De ese modo, en los años previos a la creación de Ministerio de Educación Superior (MES), comenzó una amplia difusión de los conocimientos didácticos y de otras ciencias vinculadas a la pedagogía.

Los profesores que se habían preocupado por actualizar sus conocimientos profesionales, ahora emprendían una nueva carrera, tan profesional como la

³ Raúl González Romero: Tendencias de la enseñanza del diseño en La Habana a partir de 1959 (documento inédito), La Habana, 1995.

⁴ Consejo de Ayuda Mutua Económica. Nota del editor.

propia, que los debía convertir en verdaderos maestros y les haría enfrentar la enseñanza en forma presumiblemente más adecuada. El resultado no siempre fue así y no sabría decir si los estudiantes de aquel momento percibieron este cambio pues, desafortunadamente, no se hizo un sondeo adecuado, o sea, que todas estas consideraciones quedan a merced de la memoria o de las impresiones más o menos subjetivas de cada cual.

Durante estos años el trabajo sobre los planes de estudio se realizó con más entusiasmo que conocimientos. Casi nadie sabía, a derechas, cómo organizar sistémicamente un plan de estudios. En esos momentos visitaron nuestra Escuela personalidades de la docencia tales como el profesor Claude Schnaidt que venía de Francia procedente de la Escuela de Ulm y de Polonia. Acababa de elaborar en esos momentos una propuesta de plan de estudios para arquitectos que debía aplicarse en varios países de África. Es interesante destacar que su plan tomaba solo cuatro años. Igualmente nos visitó el profesor Turín, de la Architectural Association de Londres, cuyas experiencias en cuanto al ingreso y formación general de los estudiantes eran notables.

Al unísono con las visitas, se produjeron grandes discusiones a partir de la polarización de opiniones que ahora agrupaba de un lado a quienes exponían las posiciones de los Organismos que asimilaban la mayoría de los egresados y a la vez participaban en la toma de decisiones. Del otro se alineaba el grupo de jóvenes profesores ya aludido. La pasión, casi siempre desordenada, se abrió paso sin dificultades y en no pocas ocasiones enturbiaba lo que debía ser una discusión entre profesionales. En el marco de esos debates asomaba también la oreja el fantasma reduccionista de algunos interesados en demostrar que la arquitectura no era lo que realmente es, sino que debía ser otra cosa, criterio que tuvo sus adeptos pero a la larga no prosperó. En medio de esa polémica surgieron las primeras propuestas de un nuevo plan de estudios de arquitectura que trataba de recoger los más de setenta años de experiencia en su enseñanza y los nuevos derroteros que trazaba la sociedad en construcción.

Con la limitación a cinco años de estudio y el aumento incesante del volumen de conocimientos, se propuso la diversificación del profesional a formar, de modo que en la etapa final de la carrera nuestro egresado podría optar por ser diseñador arquitectónico, urbanista o constructor pero no todo a la vez. Se aducía a favor de la diversificación la imposibilidad de dar un mínimo de conocimientos que avalara al egresado integralmente en el corto plazo de cinco años. Fue esta la época de lucha por las especializaciones dentro del plan de estudios y el momento en que comenzó a delinearse la necesidad de una estructura de posgrado con perfiles aún más estrechos. La Escuela lanzó varias propuestas que si bien no se aplicaron del todo, al menos sirvieron como preparación a la serie que comenzó por el Plan A en 1977 y ya ha alcanzado al C', desde 1999.

En el año 1976, el país se enfrascó en una etapa de institucionalización y con ella se creó el Ministerio de Educación Superior (MES). Las universidades que ya existían se multiplicaron y se diversificaron a la vez que se creaban otras nuevas. Todas comenzaron a llamarse genéricamente Centros de Educación Superior (CES). Las antiguas Escuelas se convirtieron (casi todas) en Facultades. Un verdadero vendaval metodológico se abatió sobre la vieja y complicada estructura de la enseñanza superior que podría calificarse de liberal si se compara con la rigidez que apareció de inmediato. El metodologismo emergente fue muy criticado a sotto voce y a veces en forma pública, sin embargo, no cabe duda de su influencia en el establecimiento

de las bases de un rigor que después de haberse decantado y librado, tanto de los extremismos preciosistas como de algunas poses de enfant terrible, ha dejado un saldo de seriedad en la preparación de las clases y asignaturas que, de ordinario, no existía en los primeros tiempos. Junto con ese rigor, como parte del saldo mencionado, los planes de estudio entraron en una etapa de estructuración que los inclinó con más precisión a la organización sistémica de la enseñanza sobre la base de una fuerte influencia foránea.

A partir del año 1977 se estableció el plan de estudios A en la Facultad de Arquitectura y se debía aplicar, con pocas adecuaciones, de la misma manera en los demás CES donde se formarían arquitectos⁵. Nuestra Facultad, que así fue su nueva designación, se convirtió en el centro rector para la enseñanza de la arquitectura oficialmente considerada como especialidad, término poco feliz que nunca ha sustituido al de carrera, mucho más apropiado y acorde con nuestra cultura latina. Este plan tuvo como antecedente al conjunto de estudios realizados durante la primera mitad de la década de los setenta y tomó nota de lo que se había logrado desde 1944 hasta 1962 y los principales cambios posteriores, incluido el estudio-trabajo. Se creó una carrera con dos especializaciones solamente, la de arquitectura, con perfil amplio para diseñadores y constructores, y la de urbanismo que recogía en alguna medida la experiencia de la Especialidad de Planificación Física creada a solicitud y en colaboración con el Instituto Nacional rector de esa actividad. Uno de los grandes tropiezos que tuvieron todos los planes de estudios A, y no solo en la Facultad de Arquitectura, fue la introducción de dos disciplinas que consumieron en la práctica un año lectivo completo de todas las carreras, que a la vez debían mantenerse en los cinco años prescritos. La gran cantidad de materias relacionadas con las Ciencias Sociales y la sucesión de asignaturas que demandaba la Preparación Militar limitaron bastante las posibilidades de ampliar y actualizar determinados conocimientos considerados necesarios para la arquitectura y el urbanismo. La reducción de horas lectivas no se hizo esperar y fueron las asignaturas de preparación básica específica (como el dibujo) las que más horas perdieron, tanto en términos relativos como absolutos. La enseñanza de los proyectos también disminuyó su tiempo lectivo aunque no en la misma proporción que la vertiente de la representación.

Se mantuvieron, sin embargo, materias relacionadas con el acondicionamiento físico de los edificios, con las nuevas técnicas constructivas y con las teorías estructurales más actualizadas. Se reintrodujeron, en una u otra especialización, materias relacionadas con el estudio de los exteriores y de los interiores. La teoría de la planificación y el urbanismo tomaron cuerpo en este plan. La diversificación de las especializaciones brindó la posibilidad de mantener la enseñanza en una cantidad de horas lectivas que permitiera cubrir el espectro de conocimientos. La especialización era muy clara en el orden docente, pero no lo fue tanto en sus aspectos legales y laborales. Aunque la preparación de los egresados no era uniforme, el título expedido sí lo era y a los efectos legales o laborales no se hicieron distinciones entre uno y otro.

A lo largo de todo este proceso no cabe duda de que existió una fuerte influencia del CAME y más específicamente de la Unión Soviética. Indudablemente junto con los indiscutibles aportes que muchos brillantes pedagogos soviéticos hicieron a la didáctica, aparecieron también las rígidas estructuras establecidas para los planes de estudio, para las formas docentes, para la redacción e inamovilidad de los programas analíticos y como consecuencia condujeron a una ausencia casi total de autonomía por

⁵ José Fornés: Plan de Estudios A para la Especialidad de Arquitectura, Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría, ISPJAE, La Habana, 1976. (Puesto en vigor en 1977)

parte del profesor aunque fuera el dirigente principal de la asignatura. Esta falta de flexibilidad no condujo a una mayor disciplina sino que cada cual se las agenció como pudo pero hizo las cosas más o menos a su modo. Las concepciones pedagógicas que se desarrollaban en otros países aparentemente no penetraban nuestra estructura, sobre todo las que se basaban en una especie de dejar hacer, controlado con vistas a que fuera el proceso mismo de la clase quien determinara su curso y sus metas. Los controles a clase, las clases abiertas y las inspecciones, más orientadas a lo formal que a los contenidos, no fueron una ayuda.

Los planes A y B son conceptualmente iguales⁶. De uno al otro se hicieron variar ciertos contenidos en unas cuantas asignaturas, incluso se eliminaron algunas pues se había comenzado una especie de racionalización en cuanto a las Ciencias Sociales y Militares aunque todavía se hacía sentir su peso relativo en el pensum de estudios.

Con el plan C hubo más cambios conceptuales⁷. La carrera ya no tenía especializaciones, las disciplinas de las Ciencias Sociales se fueron transformando tanto en su estructura como en su duración y se produjeron cambios importantes en cuanto a la forma de garantizar la Preparación Militar. La concepción del arquitecto se definió con más claridad y por ende el egresado debía prepararse como un diseñador de amplio espectro capaz de insertarse en las estructuras de la producción desde su graduación, sea cual fuere el perfil que le corresponda durante su etapa de adiestramiento. El cuarto nivel de educación, que ya había alcanzado determinado desarrollo en los ochenta, debió robustecerse en los noventa y ya se prefigura para la primera década del siglo XXI una mayor concreción de la formación de posgrado que asegure la debida especialización.

Lo que se expresa en estos párrafos muestra, desde el principio del siglo XX, la lucha que con altibajos ha tenido lugar, y todavía lo tiene, para establecer una adecuada definición en la formación de nuestros arquitectos. Las vivencias relativamente recientes son las que ocupan más espacio por no existir en nuestro poder crónicas o comentarios de las diversas épocas pero no se debe olvidar que siempre hubo discusión. Imaginemos por un momento la lucha que debió librarse contra las fuerzas conservadoras apegadas al academicismo que condujeron a la Quema del Vignola como signo de victoria, casi al final de los cuarenta, cuando la vanguardia arquitectónica mundial había construido ya el Bauhaus, las Casas de la Pradera, o la Torre de Einstein. A cada generación le ha tocado desempeñar un papel y eso no se detendrá porque se haya llegado a un año 2000 lleno de connotaciones. Los planes de estudio son semejantes a organismos vivos; surgen, se enferman, dan lugar a otros nuevos y desaparecen, pero todos dejan su huella aunque esta no se perciba del todo.

Con el tiempo las posiciones extremas se van suavizando, pero es innegable que desde mediados de los ochenta y más todavía en los noventa, nuestra Facultad se ha abierto a múltiples influencias. Ahora es menester que se mantenga lo ganado en rigor y orden y, a la vez, que se orienten los esfuerzos en discernir críticamente lo sustantivo de lo adjetivo, con el ánimo de equiparar la enseñanza en la Facultad de Arquitectura habanera con los mejores ejemplos que el mundo nos brinda, enriqueciendo nuestra identidad.



José Fornés Bonavía
Arquitecto, Doctor en Ciencias Técnicas
Profesor de Mérito de la Facultad de
Arquitectura, Universidad Tecnológica
de La Habana José Antonio Echeverría,
Cujae.
E-mail: josefornes@cubarte.cult.cu

⁶ Sergio Ferro y otros: Plan de Estudios B para la Especialidad de Arquitectura, Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría, ISPJAE, La Habana, 1982. (Concluido y puesto en vigor en 1982)

⁷ Lourdes Ortega y otros: Plan de Estudios C para la Carrera de Arquitectura, Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría, ISPJAE, La Habana, 1990. (Concluido y puesto en vigor en 1990.)

